

Pa 6503

B25

P6

1903

POESIAS POSTUMAS



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

17834



PRELIMINAR



NA perla faltaba á la diadema, con que aparece coronada en el mundo literario la figura del Dr. D. Jaime Balmes. Sus biógrafos y apologistas lo han considerado como publicista, como historiador, como teólogo, como matemático, como filósofo, como político, como literato; pero no habían aún visto la luz pública datos suficientes, por los cuales pudiese ser calificado como poeta. Una que otra producción diseminada por algún periódico ó conocida de sus solos amigos nos revelaba única-

009358

mente que su vastísimo talento no era ajeno al mecanismo de la versificación, ni tampoco al genio de la poesía. Vate muchas veces en medio de sus escritos, descubría la facundia inagotable de su imaginación y la riqueza de sus recursos oratorios. Dedicado á estudios serios y profundos, capaces de absorber una inteligencia tan elevada como la suya, no era fácil sospechar que tuviese lugar y holgura para entregarse ni un momento al ameno pasatiempo de ligeras y donosas composiciones, ni menos aun, á delinear con vivas pinceladas inspiraciones grandes y elevadas. Si á los estudios de su larga y variada carrera, y á las vigiliadas indispensables para acumular los materiales inmensos de sus obras de ciencia, se añaden los deberes diarios del sacerdocio, que exactamente cumplía, y los del profesorado de matemáticas, que desempeñaba en la ciudad de Vich, su patria, sorprenderá en verdad que se publique ahora un tomo entero de sus composiciones en verso, de distintos géneros, en las cuales la agudeza y el gracejo alternan con la imponente gravedad, y la risueña melodía con toda la magnificencia de un estro sublime.

Ésta es sin duda la primera vez, en que los escritos de Balmes han necesitado de una ligera revisión. Recogidos de descuidados manuscritos, trazados precipitadamente en cortos instantes de solaz ó de inspiración, hubieran salido limados por la pluma del autor, si éste se hubiese propuesto el publicarlos (1). Mas ahora han de-

(1) Léanse en prueba de esto los siguientes fragmentos de una carta que desde Vich y con fecha de 22 de Julio de 1839 dirigió el autor á un amigo suyo de Barcelona: «Según veo por la carta que acabo de recibir de Ferrer y » Subirana, VV. creyeron que yo trataba de publicar desde luego las poesías; tal vez mi mal modo de expresarme » lo daría á comprender así, pero no era éste mi pensamiento. Si mal no me acuerdo, les decía que contaba » gastar algún tiempo en bruñirlas, y en tales materias » este tiempo no debe ser poco... juzgo que las poesías. » si no buenas, á lo menos no fueran despreciables, pues si » pensara de otro modo, no había de ser tan lerdo que » tratara de publicarlas... parece que Ferrer recela que yo » no me precipite; mal me conoce: una cosa es una publicación que ocupa el ángulo de una hoja periódica, y otra » cosa es un libro: á buen seguro que no soltaría yo el » cartapacio de la mano, sin haberme despedido de él millares de veces. Al menos puedo asegurarles que todo sería enteramente original, que ni siquiera se hallarían allí » imitaciones, y que versan las poesías sobre objetos mirados bajo puntos de vista que, según mi parecer, no » acostumbran hacerlo ahora los poetas que figuran en » España...»

De la data de esta carta se infiere que las poesías en cuestión estaban ya escritas antes que el autor publicase ninguna de sus demás obras, y que las compuso durante la época que precedió al año trigésimo de su edad.

bido sufrir en honor suyo la misma revisión que si él la hubiese confiado á la intimidad de un amigo, revisión que, practicada con todo el respeto debido al eminente escritor, se ha limitado á lo más preciso, á simples descuidos de corrección en borradores informes y apenas legibles. No se ha añadido ó substituido una palabra que no fuese necesaria para enlazar el sentido, y muchas veces la alteración ha consistido en invertir simplemente el orden de las palabras. Se ha pensado proceder en esta operación con la misma delicadeza con que obraría un pintor, á quien se confiase retocar de un cuadro de Rafael ó de Murillo los cortos y casi imperceptibles intersticios debidos al tiempo ó á la polilla.

En las poesías de Balmes se nota ante todo una circunstancia, aplicable hasta cierto punto á todas sus obras: la doble influencia de las dos escuelas, la antigua y la moderna. Aquélla con su regularidad, con su juicio, con su fondo; ésta con sus formas, con su brillo, con su aparato. Otra particularidad se nota en Balmes en todos sus escritos, y es una propensión á dejar agotada la materia, es decir, á presentar el objeto

bajo todos sus aspectos sin dejar cebo á la penetración del lector. En prosa y en producciones puramente didácticas esta ampliación oportuna, que en Balmes nunca degenera en difusión ni en languidez, es una calidad apreciable que garantiza la clara inteligencia de la doctrina para la generalidad de los lectores. Pero la inspiración poética no admite por lo regular este completo desarrollo del pensamiento. Así es como algunas veces, á pesar de un asunto felizmente escogido, fondo interesante, riqueza de imágenes, distribución magnífica de plan, y hasta delicadeza de colorido, échase de menos el éxtasis poético, la férvida animación en el conjunto. Es que la fantasía, aunque ardiente y fecunda, no siente aún la presencia de aquel numen que arrebató; es que el pensamiento no sabe desprenderse de ninguno de los tesoros que la imaginación acumula; es que la lira se halla en manos del filósofo.

Después de este ligero tributo pagado á la imparcialidad, debemos confesar que en Balmes hay genio y una inteligencia creadora que derrama con profusión galas de todo género, y que sorprenderá sin duda á cuantos en él no admiraban más que al ló-

gico severo y al pensador profundo. Elévasse como el águila hasta el sol y descende hasta la superficie del valle; pero sus vuelos no son arrebatados, presentan una ascensión majestuosa, sin el furor de un torbellino, ni la caída rápida del rayo. Ved ahí lo que marca más la diferencia entre nuestros dos genios, Balmes y Cabanyes (1).

El *Genio*, sin embargo, es una excepción de esta regla, y en ella parece quiso expresar el autor en un raptó lírico la misma idea que desenvolvió en su discurso sobre la *originalidad*, único que leyó en la Academia de Buenas Letras de esta ciudad, de que era individuo. Corta, rebosando en poesía y en entusiasmo, llena de pinceladas de fuego y de brillante concisión, bastaría ella sola para demostrar que Balmes podía y sabía ser poeta en toda la extensión de la palabra.

En el orden de estas poesías no hemos seguido otra regla que la importancia de las materias. Échase de ver que Balmes tenía disposición para más de un género. La sátira

(1) D. Manuel de Cabanyes, natural de Villanueva, que murió años pasados en la flor de su edad, habiendo publicado un tomito precioso de poesías que revelaban su gran talento y malogradas esperanzas.

ra le era bastante familiar, y, no obstante las dificultades que se ofrecen para manejar un idioma que no es el propio, sabía llegar hasta el gracejo, como se ve en algunas composiciones de la parte primera. Siguen después las del género lírico, aquellas composiciones ligeras ó fugitivas que desenvuelven un pensamiento con gracia ó delicadeza, sin pompa, sin aparato, sin pretensión, como el aroma que despide una flor modesta y solitaria; y aquellas otras que, elevándose algún tanto sobre las primeras, respiran ya un sentimiento sublime ó una importancia filosófica. En unas y otras descubre Balmes su destreza en metrificar, aplicando desde el leve cuatrísilabo hasta el verso grave de arte mayor, en diferentes combinaciones. Nótase en él, como una de las primeras cualidades, y para muchos desapercibida, un conocimiento y buen manejo del idioma, fluidez algunas veces, pero siempre corrección y naturalidad. Sólo aparece algún tanto difícil é intrincado, cuando se liga con un metro encadenado, ó se interna con demasía en algún concepto metafísico. Pero esto no es frecuente, y por lo regular su marcha es abundante y majestuosa.

No es nuestro ánimo prevenir el juicio del lector, recorriendo una por una estas preciosas concepciones de su genio, que aparecen ahora como flores bellas para adornar su sepulcro. Aun cuando con ellas solas debiese tejerse la corona del inmortal autor del *Protestantismo comparado con el Catolicismo*, merecerían ser admiradas por la elevación de su vuelo y por la profundidad de doctrina que encierran. Aquel pensamiento inagotable, que tantas veces nos ha sorprendido en el círculo vasto de la ciencia y de la meditación, preséntase con el brillante ropaje de la gala poética. En sus composiciones filosóficas reconócese aquella mano que sabe derramar unción santa sobre las llagas del alma; aquel tono fatídico que descubre la caducidad y la nada de las grandezas humanas; aquella dignidad patética y sublime que describe las grandes escenas de la naturaleza y de la sociedad; aquella ojeada histórica que se extiende por los siglos para sacar de ella alguna lección importante. Y así como en las fugitivas se perciben ciertos toques de candor, de sensibilidad y de ternura que parecen amoldados á los de nuestros León y Villegas, en las sagradas, y so-

bre todo en la traducción del salmo 103, verdadero himno que la creación entera parece elevar á su Autor al son del harpa del Rey Profeta, descuella la majestad religiosa, y aquel grandioso sentimiento de melancolía que en los gemidos de Jeremías tanto se aviene con los llorosos desterrados del Edén.

Permítasenos por conclusión una palabra sobre su fragmento de traducción del arte poética de Horacio. En ella se observa por lo común fidelidad en la traslación del pensamiento, aunque se muestre el traductor algo parafrástico en uno que otro giro. La versificación es bastante seguida por lo que permite el género del escrito. Y no deja de ser un mérito no despreciable que, después de las versiones de Espinel, de Iriarte, de Burgos y del señor Martínez de la Rosa, puedan leerse con gusto y novedad las mismas doctrinas del preceptista latino respetadas por todos los siglos, como leyes de buen saber y buen sentido literario. ¡Lástima que no concluyese su obra y no la comentase con aquella finura de observación con que era capaz de enriquecerla! En esta obra empezada nos ha dejado una imagen lúgubre de

lo que ha sido su vida sobre la tierra: cortada, por decirlo así, en el comienzo de su carrera, y hundida súbitamente en el no ser, como ave que al empezar á describir el círculo de su vuelo sublime, cae muerta á los pies del cazador.



PARTE PRIMERA